

7.2. Celebración inicial

«Carta al iniciar el camino»

Hermanos:

Llamaros así, con la palabra hermanos, no pertenece a una retórica vacía, anticuada y convencional de la Iglesia. Los cristianos hemos recibido el Espíritu de Jesucristo que nos revela la paternidad universal de Dios. Previa a la experiencia de la fraternidad, se da en nosotros la experiencia de la filiación: sólo puedo llamar hermanos a los hijos de mi padre. Esta doble experiencia, que se da en la vida de los cristianos, me permite llamaros ahora con verdad, a cada uno de vosotros, hermanos.

Os disponéis a iniciar un camino en la Iglesia, un camino no sólo de adquisición de nuevos conocimientos, de reflexión, de diálogo sincero, sino también un camino vital, que va a atraparos todo vuestro ser. Os lo digo ya: va a resultaros difícil nadar y guardar la ropa, porque conocer a Jesucristo lo cambia todo, nos cambia la vida.

Jesús es la buena noticia de Dios que llama a la puerta de todo hombre, de toda mujer. Tú has tenido la suerte de oír esta llamada y te dispones a dejarle entrar en tu existencia con el anhelo de superar una etapa infantil de tu fe o de tu ignorancia. Se trata de tu vida, de tu propia aventura personal, de su sentido, de su destino, es decir: el itinerario de la catequesis cristiana afecta a lo más importante que llevas y que tienes en tus manos: la vida, tu vida, la única que tienes, que no quieres que nadie te la estropee, la maneje, la usurpe, la destruya. No tengas miedo, Jesús ha dicho: Yo soy el camino, la verdad y la vida (*Juan 14, 5*). Él es el Dios de la vida, el autor de la vida, el Resucitado, el Crucificado que vive, estuvo muerto, pero ahora vivo para siempre (*Apocalipsis 1, 18*). Te lo repito: no tengas miedo; Jesús no destruye la vida sino que la lleva a su plenitud.

En la cultura que nos rodea se habla con frecuencia de calidad de vida, concepto ligado al bienestar, la mayoría de la veces. Jesucristo puede dar auténtica y profunda calidad a todas las circunstancias de la vida humana, incluso a aquellas que la sociedad actual ignora, desprecia o aparca, tales como la enfermedad, el sufrimiento, la soledad, la pobreza, las limitaciones, la muerte. Él, que es la vida, la Vida cabal, con mayúsculas, ilumina vigorosamente con su luz sin ocaso todos los tramos del camino humano. Él nos dice: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no camina en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida (*Juan 8, 12*). Hay una luz sin la cual no vemos,

estamos como ciegos. La luz de Jesucristo resucitado atraviesa la historia entera, el universo... y las capas más hondas, los últimos sótanos de nuestro corazón, allí donde no dejamos entrar a nadie, donde están nuestras heridas, nuestros íntimos fracasos, lo que nos humilla, lo que os duele. Nada cura tanto a la persona como dejar entrar, a lo escondido de nuestro ser, la dulce, misericordiosa y fecunda luz de Jesucristo.

Escucha, hermano, pues te hablo al corazón, como la Iglesia me lo dio a conocer a mí, como un día lo hiciera el apóstol san Juan a su comunidad: Os anunciamos la vida eterna, que estaba con el Padre y se nos manifestó, lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos (*1 Juan 1, 2-3*). Aquel hombre de Nazaret, el Crucificado, el Resucitado, es la vida eterna. Jesucristo es y nos da la vida eterna, la vida del Espíritu, la vida divina. Esta no es un plus para más allá de la muerte, la vida eterna comienza ya aquí para nosotros, como escuchamos de los labios de Jesús: Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo (*Juan 17, 3*).

Los cristianos, por el hecho de habernos encontrado personalmente con el Señor resucitado, sabemos que, con nuestra vinculación sacramental al misterio de Jesucristo, hemos nacido de nuevo a una vida nueva, renacemos incesantemente a la vida eterna; y percibimos muchas veces que estamos nutridos por esa vida sin límites, que estamos bajo la manifestación y el poder del Espíritu. Percibimos esta vida misteriosa que late en nosotros, en momentos muy concretos: en el ámbito de la oración; en la Eucaristía, especialmente en el momento de la comunión; cuando recibimos el sacramento del Perdón, cuando somos capaces de perdonar, de amar, de comprometernos con alguien que está necesitado, pobre, marginado..., y también en los momentos de humillación, de desprecio, de sufrimiento... Entonces la vida eterna se nos hace patente. No es extraño que sea en momentos así, de poco brillo humano, cuando brille con más fuerza la vida eterna en nosotros, pues la vida eterna está asociada a la cruz, brota de ella; ya dijo el Señor, han de padecer: Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así tiene que ser levantado el Hijo del hombre, para que todo el que crea tenga por Él vida eterna. Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en Él no perezca, sino tenga vida eterna (*Juan 3, 14-16*).

Por eso, la Iglesia no deja de anunciar y de celebrar el misterio Pascual, el misterio de la cruz. Allí, en la cruz de Jesucristo resucitado,

está la certeza de un amor sobre todo amor con el que cada hombre, cada mujer, somos amados, más allá de lo que hagamos, pensemos o digamos. El signo del amor no es un corazón atravesado por una flecha de Cupido, sino un corazón traspasado por una lanza, el corazón de Jesucristo crucificado en pleno imperio romano, en tiempos de Poncio Pilatos... y vivo hoy, en los albores del tercer milenio. Su cruz es el signo del amor sin medida, del amor que perdona siempre, sin humillar, del amor fiel, del amor eterno, ese amor humanamente imposible con el que todo hombre, toda mujer, desean ser amados.

Al inicio de este itinerario catecumenal, en nombre del Señor y de la Iglesia, os signo en la frente con la señal gloriosa de la cruz.